

¿Yo o Cristo? | Gálatas 4:21-31; 5:1

«Decidme, los que queréis estar bajo la ley, ¿no oís la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas dos mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual engendra esclavitud, que es Agar. Porque esta Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es nuestra madre. Porque está escrito: Alégrate, oh estéril, la que no das a luz; prorrumpes y clamas, la que no tienes dolores de parto; porque más numerosos son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que nació según la carne perseguía al que nació según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque el hijo de la esclava no heredará con el hijo de la libre. De manera que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.» (Gálatas 4:21-31; 5:1).

El **primer pacto** dependía de las promesas de un pueblo que conocía solamente el **nacimiento de la carne**. Estas promesas consistían en que guardarían los Diez Mandamientos «ciertamente». Pero, conociendo solamente el nacimiento de la carne, eran, en aquel tiempo, transgresores de la ley de Dios, y por lo tanto estaban en **esclavitud al pecado**. Y conociendo solamente el nacimiento de la carne, y teniendo solamente la mente carnal, su promesa de obedecer la ley de Dios «ciertamente» era inútil, porque *«la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede»* (Romanos 8:7).

Si no hubieran hecho ninguna promesa de obedecer la ley, la habrían quebrantado; porque conocían solamente el nacimiento de la carne, y *«los que viven según la carne no pueden agradar a Dios»*. Por lo tanto, sin ninguna promesa de guardar la ley, sin el **nuevo nacimiento**, habrían continuado en la esclavitud del pecado. Y cuando prometieron guardar la ley «ciertamente», y luego quebrantaron su promesa (lo cual, teniendo solamente la mente carnal, era inevitable que hicieran), esto solo los llevó más profundamente a la esclavitud, porque *«hacer voto a Jehová»*, y luego *«tardar en pagarlo»*, es *«pecado en ti»* (Deuteronomio 23:21).

Por lo tanto, habiendo sido concertado ese pacto por aquellos que ya estaban en esclavitud, y siendo un pacto que, por sus términos, engendraba esclavitud, fue solamente un **pacto de esclavitud** —un pacto en el que sus propios esfuerzos por librarse de la esclavitud en la que ya estaban, solo los llevaron más profundamente a la esclavitud, la esclavitud del pecado, la esclavitud de sus propias **obras** y promesas quebrantadas, que eran solamente pecado.

Consecuentemente, todo lo que se veía, o podía verse, en el primer pacto era, y es, la **ley quebrantada**. Y para que esto fuera para siempre tan claro que nadie pudiera dejar de

verlo, cuando Moisés bajó del monte y vio su idolatría, él, teniendo las tablas de la ley de Dios en sus manos, *«arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte»* (Éxodo 32:19).

Al principio fueron transgresores de la ley. Prometieron no quebrantar más la ley. De nuevo quebrantaron tanto la ley como su promesa de no quebrantarla. Y cuando, por lo tanto, debido a esto, Moisés arrojó de sus manos las tablas de la ley de Dios y las quebró, esto fue para darles a ellos, y a todas las personas para siempre, una **lección divina** objetiva, de que en el primer pacto, en todos sus esfuerzos de **autojusticia**, y en todas sus promesas de no quebrantar la ley, nadie puede ver jamás nada más que **LA LEY QUEBRANTADA**.

Pero, existía entonces y allí presente el **pacto abrahámico**, el **pacto de fe**, el pacto eterno de Dios, para librarlos de la esclavitud y el **yugo de servidumbre** que pesaba sobre ellos a causa del **pacto de obras**, de incredulidad, en el cual habían entrado. *«No podían esperar el favor de Dios a través de un pacto que habían quebrantado»* —a través de un pacto en el que nada podía verse sino la ley quebrantada de Dios. *«Y ahora, viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, fueron llevados a sentir su necesidad del Salvador, revelado en el pacto abrahámico y prefigurado en las ofrendas sacrificiales.»*

Fue el pacto con Abraham, Isaac y Jacob, lo que Moisés suplicó a Dios, por misericordia para con el pueblo que adoraba el **becerro de oro** al pie del monte, mientras él aún estaba en el monte, antes de que bajara por primera vez. Nótese: en Éxodo 32:1-6 se da el relato de cómo el pueblo hizo el becerro de oro y lo adoró. En el versículo siete *«Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado... Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma»* (Éxodo 32:7-10).

«Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte?... Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y toda esta tierra que he dicho, la daré a vuestra descendencia, y ellos la heredarán para siempre. Y Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo.» (Éxodo 32:11-14).

Así fue el **pacto abrahámico**, el pacto eterno de Dios, el que salvó al pueblo de la esclavitud y la maldición de sus pecados, en el primer pacto. Y así es siempre (Hebreos 9:15).

Luego Moisés bajó del monte, con las tablas de la ley en sus manos, y arrojó de sus manos las tablas de la ley y las quebró, *«significando que así como ellos habían quebrantado su pacto con Dios, así Dios había quebrantado su pacto con ellos;»* y significando que en ese pacto no había nada que ver sino la ley quebrantada; y que *«no podían esperar el favor de Dios a través de un pacto que habían quebrantado.»* Y *«ahora, viendo su pecaminosidad y su necesidad de perdón, fueron llevados a sentir su necesidad del Salvador revelado en el pacto*

*abrahámico y prefigurado en las ofrendas sacrificiales. Ahora, por fe y amor, estaban ligados a Dios como su libertador de la esclavitud del pecado. Ahora estaban preparados para apreciar las bendiciones del **nuevo pacto**» (Patriarcas y Profetas, p. 373).*

Así, el pacto del Sinaí los llevó al pacto con Abraham. El primer pacto los llevó al segundo pacto. El antiguo pacto los llevó al **nuevo pacto**. Y así la **ley**, que era la base de ese pacto — la ley quebrantada— fue el **ayo** para llevarlos a Cristo, para que pudieran ser **justificados por la fe**.

*Así, «Jehová dijo a Moisés: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste» (Éxodo 34:1). Y, dice Moisés, «Hice, pues, un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas, conforme a la primera escritura, los **diez mandamientos** que Jehová os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio Jehová. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí han estado, como Jehová me mandó» (Deuteronomio 10:3-5).*

Entonces se estableció entre el pueblo el **servicio del santuario**, con «*el Salvador prefigurado en las ofrendas sacrificiales;*» y con Cristo, «*el Mediador del nuevo pacto*», el «*un solo Mediador entre Dios y los hombres*», representado por el **sumo sacerdote** en su ministración en el santuario. A ese santuario traían, en penitencia y fe, su ofrenda y confesaban su pecado. La sangre de su ofrenda era llevada por el sumo sacerdote al santuario, se hacía **expiación** por ellos y el pecado era perdonado. Y en el gran Día de la Expiación, la sangre de la ofrenda por todo el pueblo era rociada sobre el **propiciatorio**, y delante del propiciatorio, que estaba sobre el arca, sobre las tablas de la ley.

Así, entre el pecador y la ley siempre existió el **sacrificio**, que representaba a **Cristo** (y que, en su fe, era Cristo, el Fiador del «*mejor pacto*»), por el cual se traía al pecador el perdón de los pecados y la **justicia de Dios**, que satisfacía todas las demandas de la ley. Y así, por medio de la fe en Cristo, en este pacto en el que Cristo es Mediador, y del cual Él es el Fiador, se ve solamente la **ley inquebrantable**.

Tal fue, y es, el verdadero significado del nuevo orden de cosas en el Sinaí, después de la rotura de las tablas y después de la completa anulación del primer pacto. Fue el **camino de la fe**, el camino de «*la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él*» (Romanos 3:22).

Pero, he aquí, en su incredulidad, Israel después convirtió todo esto en un **sistema de obras**, precisamente como lo era el primer pacto. Y esos sacrificios y ofrendas, y las ceremonias conectadas con ellos, fueron dados por el Señor para ser enteramente la expresión de la fe. Pero Israel, en su incredulidad, se perdió todo esto y lo convirtió solamente en un sistema de obras, de **ceremonialismo**. En lugar de que la justicia viniera por la fe, y de que los sacrificios y ofrendas fueran solo la expresión de la fe, esperaban la justicia por medio de la ofrenda misma, y debido a su buena obra al hacer la ofrenda.

Así fue en el tiempo de Cristo en la tierra, y en el tiempo de Pablo y los gálatas. Así fue con «los **fariseos que creían**», *quienes habían confundido a los gálatas y los habían llevado de la justicia por la fe a la justicia por las obras y el ceremonialismo. Y, por lo tanto, Pablo pudo escribir, y de hecho escribió, «que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas dos mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual engendra esclavitud, que es Agar. Porque esta Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que está en esclavitud con sus hijos» (Gálatas 4:22-25).*

Así, los mismos medios que Dios había dado para librarlos de la esclavitud del antiguo pacto, ellos, por incredulidad, los habían convertido en un sistema de esclavitud, que correspondía exactamente a esa esclavitud del antiguo pacto. De hecho, habían pervertido el nuevo pacto tal como se expresaba entonces, en el mismo principio del antiguo pacto: la **justicia por las obras**. Aquello que era el **evangelio** expresado en los sacrificios, ofrendas y ministerio de aquel tiempo, lo pervirtieron a la esclavitud de la justicia por las obras y el ceremonialismo, exactamente como entre los gálatas los «*fariseos que creían*» estaban pervirtiendo el evangelio expresado en el sacrificio y ministerio del propio Cristo.

Y así como Agar e Ismael fueron echados fuera, para que el pacto de Dios con Abraham pudiera ser plenamente disfrutado; y así como el pacto del Sinaí tuvo que ser repudiado y echado fuera, para que las bendiciones del pacto abrahámico, el **nuevo pacto**, pudieran ser disfrutadas; así también cuando Cristo vino, y, por el sacrificio y la ofrenda de sí mismo y por su propia ministración, trajo la plenitud del evangelio —para que esto fuera plenamente disfrutado, debía ser repudiado y echado fuera ese sistema de ceremonias y ceremonialismo, ese sistema de justicia por las obras, en el cual Israel había pervertido aquello que en su tiempo era de hecho la expresión del verdadero evangelio, de la justicia por la fe. «*La Jerusalén actual... está en esclavitud con sus hijos... Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque el hijo de la esclava no heredará con el hijo de la libre.*» «*La Jerusalén de arriba es libre, la cual es nuestra madre... Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.*»

Y así fue desechado para siempre el principio mismo del ceremonialismo —el principio mismo de la esclavitud de la justicia por las obras en cualquier forma que se presentara; y en su lugar se estableció el principio de la **libertad divina** en la **justicia por la fe**. «*De manera que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.*» Y debido a esto, resuena a todas las personas para siempre el bendito grito de guerra: «*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud*» (Gálatas 5:1).

El **antiguo pacto**, el pacto del Sinaí, se resume en la palabra «**YO**». El **nuevo pacto**, el pacto eterno, se resume en la palabra «**CRISTO**».

El **antiguo pacto** es el yo y su justicia. El **nuevo pacto** es Cristo y la justicia de Dios.

El **antiguo pacto** es el yo y la esclavitud del pecado y las obras de la ley. El **nuevo pacto** es Cristo y la libertad de la justicia, que es por fe.

El **antiguo pacto** —el yo— debe ser desechado y totalmente repudiado, para que el **nuevo pacto** —Cristo— pueda ocupar su lugar apropiado y manifestar su poder salvador, pues el hijo de la esclava nunca puede ser heredero con el hijo de la libre.

[Advent Review and Sabbath Herald | 31 de julio de 1900]